



REVISTA DE LITERATURAS MODERNAS

VOL. 56, Nº 1, ENERO-JUNIO 2026 | PP. 7-31

ISSN 0556-6134, eISSN 0556-6134

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/literaturasm modernas>

RECEPCIÓN: 10.10.25 – ACEPTACIÓN: 08.05.26

***Gargantúa y La Rebelión de las Ratas:* dialéctica entre ricos y pobres en la lucha por la palabra**

*Gargantua and La Rebelión de las Ratas: Dialectics Between Rich
and Poor in the Struggle for the Word*

 <https://doi.org/10.48162/rev.53.025>

Juan Arce Sierra

Universidad del Valle,
Facultad de Humanidades
Colombia

juan.fernando.arce@correounivalle.edu.co

 <https://orcid.org/0009-0000-4407-734X>

Resumen

En el siguiente documento se presenta una síntesis de las ideas centrales que exponen François Rabelais y Fernando Soto Aparicio en *Gargantúa y La rebelión de las ratas*, respectivamente, con el fin de establecer una relación interpretativa a partir del concepto de diálogo propuesto por Hans-Georg Gadamer. Desde un enfoque hermenéutico comprensivo-interpretativo, en el artículo se analiza la comprensión de la guerra proyectada en ambas obras, interpretando su sentido a partir del estudio de los personajes, el conflicto, la guerra y el cambio en el sentido de la palabra. Aunque desde la teoría hermenéutica gadameriana concebir la guerra como diálogo podría entenderse como un error, dado que Gadamer no la concibe como tal. Este análisis permite ampliar la noción de diálogo al evidenciar dos formas de guerra en los textos: una caracterizada por la imposición y la violencia — como un diálogo de la guerra— y otra mediada por la palabra, cercana al diálogo hermenéutico, aunque no necesariamente al diálogo racional.

Palabras clave: dialéctica, diálogo hermenéutico, guerra como diálogo, hermenéutica, sentido compartido

Abstract

In the following document a synthesis of the central ideas put forward by François Rabelais and Fernando Soto Aparicio in *Gargantua* and *La rebelión de las ratas*, respectively, with the aim of establishing an interpretative relationship based on the concept of dialogue proposed by Hans-Georg Gadamer. From a comprehensive-interpretative hermeneutic approach, the article analyzes the understanding of war projected in both works, interpreting its meaning through the study of characters, conflict, war, and the change in the meaning of the word. Although, from Gadamerian hermeneutic theory, conceiving war as dialogue could be understood as an error, given that Gadamer does not conceive it as such. This analysis makes it possible to broaden the notion of dialogue by evidencing two forms of war in the texts: one characterized by imposition and violence—as a dialogue of war—and another mediated by the word, close to hermeneutic dialogue, although not necessarily to rational dialogue.

Keywords: dialectics, hermeneutic dialogue, war as dialogue, hermeneutics, shared sense

Introducción

Desde que el ser humano nace siempre se encuentra en medio del lenguaje. A la hora de entrar en relación con los demás debe hacerlo mediante el lenguaje. Este lenguaje toma forma como diálogo, pero ¿qué es un diálogo? Desde la perspectiva de Gadamer, el diálogo es un proceso de comprensión mutua mediante el cual las partes intercambian opiniones y participan en la construcción de sentido compartido. Además, el diálogo es fundamental en la comprensión y en la formación de sentido. Sin embargo, la guerra también es una expresión de diálogo, uno en el que se privilegia el hacer más que las palabras. En este hacer hay un intercambio de comprensión mutua, los participantes intercambian opiniones y participan en la creación de sentido compartido. Así habría dos formas de entender el diálogo en este texto. La primera es la forma tradicional de diálogo en el sentido gadameriano, las personas se involucran en una conversación verbal para llegar a una

comprensión mutua. La esencia de este tipo de diálogo es el intercambio racional y la posibilidad de formación mutua, así los participantes se dan forman en el diálogo mismo. La segunda es un diálogo mediante la acción o mediante la fuerza del juego que es interpretado aquí como un diálogo en la que se prioriza la acción física sobre las palabras. En lugar de buscar acuerdos mediante la conversación o el lenguaje, se recurre a la violencia o a la confrontación directa hasta imponer una resolución.

En *Gargantúa* de Rabelais (2004) y en *La Rebelión de las Ratas* de Soto Aparicio (1997) se ve más el diálogo de la guerra que el diálogo mediado por las palabras. En ambos textos se advierte que, por sus contextos cuando las palabras son insuficientes, y el acuerdo se ve lejano, se pasa a la acción. De ahí que mi pregunta de investigación sea: ¿cómo reflejan *Gargantúa* y *La Rebelión de las Ratas* la dialéctica entre ricos y pobres en la lucha por la palabra? Para dar respuesta a esta pregunta, primero se expondrá el perfil de *Gargantúa* y el perfil de *Cristancho*; segundo se presentará cómo se desenvuelve la guerra en ambas obras literarias; tercero se desarrollará qué sucede en las obras dada la guerra y el cambio del poder; Y, cuarto y último, se analizará la perspectiva de Gadamer acerca de esta forma de diálogo. En definitiva, *Gargantúa* y *La rebelión de las ratas* reflejan la dialéctica entre ricos y pobres mostrando que la lucha por la palabra se desplaza con facilidad hacia la acción, el poder impone su voz y reduce el diálogo hermeneútico a un diálogo de la guerra.

1. El perfil de *Gargantúa* y el perfil de *Cristancho*

1.1. Perfil de *Gargantúa*

Gargantúa fue hijo de nobles gigantes. Por un lado, Grandgousier fue su padre quien tiene un gran amor por su patria y favoreció ante todo la paz (Rabelais, 2004, p. 169). A pesar de su carácter sabio, su vida estuvo entregada al placer desmedido de la comida. Por el otro lado, Gargamelle fue su madre quien muestra un profundo amor hacia su esposo y favorece la paz. No obstante, su mayor amor también estuvo en la comida y bebida. Un amor tan grande que, incluso, estando embarazada, siguió con una vida entregada al disfrute. A sus

once meses de embarazo continuaba bebiendo y comiendo a pesar de las súplicas y consejos de Grandgousier sobre dejar los placeres a un lado pues podía lastimar al bebé. No es de extrañar que las primeras palabras de Gargantúa al nacer fueran “¡Beber! ¡Beber! ¡Beber!” (Rabelais, 2004, p. 68). En conjunto, los padres de Gargantúa presentaban una conducta jovial resultado de una paz prolongada y los deleites de sus tierras.

Gargantúa permaneció alrededor de doce meses en el vientre de su madre, y se dice que las mejores cosas de la existencia aparecen cerca del número doce (Rabelais, 2004, p. 53). Mientras más próximo se está del doce, más favores y buenos augurios se reciben de parte de los dioses. Al nacer Gargantúa manifestó esos favores al hablar en el mismo instante en que nació y reveló ya en sus palabras su inclinación hacia la comida y bebida. Instó a todos que continúen con la fiesta en la que se encontraban. Su nacimiento fue atípico, no vino al mundo por la vagina de Gargamelle sino por su oreja. Este hecho grotesco e inverosímil, característico de la inversión carnavalesca, subvierte el orden natural y convierte lo extraordinario en lo más común. Nacer por el oído, órgano asociado a la escucha y al lenguaje, anticipa el vínculo del personaje con la palabra. Sin embargo, la primera palabra que Rabelais le atribuye a Gargantúa no se orienta hacia la razón, sino hacia el goce (Patiño Millán, 2010). Gargantúa al ser hijo de nobles con abundantes recursos, crece rodeado de lujos. Desde deleites gastronómicos, vestidos y materiales, hasta satisfacción de deseos sexuales de sus cortesanas o ayas (Rabelais, 2004, p. 89).

Grandgousier al ver que Gargantúa crecía saludable y rápido, decidió instruirlo en los oficios de la academia y contrata a: Mestre Tubal Holofernes, Mestre Janotus de Bragmardo y Mestre Jobelin Bridé. Gargantúa fue educado según el método escolástico tradicional de la época. Sus estudios se centraron en la lectura y memorización de textos clásicos y religiosos. Pero el aprendizaje resultaba poco práctico, se limitaba a la repetición y la memorización sin comprensión crítica. Pasó mucho tiempo memorizando largos pasajes de la Biblia, los escritos de los Padres de la Iglesia y obras de filósofos clásicos como Aristóteles y Platón. Aprendió a leer y escribir en latín y estudió las reglas de la retórica y la lógica. En cuanto a los tutores de Gargantúa son presentados como

pedantes que llenan la cabeza del joven con conocimientos inútiles. Estos saberes resultan inútiles en el sentido práctico, Gargantúa no era capaz de aplicar sus capacidades más allá de la mera repetición.

Grandgousier observando esta carencia de aplicabilidad decidió cambiar a todos los maestros por Ponócrates. La enseñanza de este maestro se enfocó en metodologías que combinan la teoría con la práctica. Así Gargantúa comenzó a estudiar las artes liberales como la gramática, retórica y dialéctica con un enfoque en las lenguas, la elocuencia y la lógica de una manera más comprensiva y crítica. También se instruyó en aritmética, geometría, música y astronomía. Aprendió varios idiomas, incluyendo griego, hebreo y árabe, lo que le permitió leer textos en sus lenguas originales. Estudió ciencias naturales y médicas como anatomía, botánica, fisiología, medicina con observaciones y experimentos directos. Se formó en historia universal y en geografía del mundo. En filosofía se orientó a estudiar la filosofía natural y moral, sobre todo a los filósofos clásicos y algunos contemporáneos. Gargantúa siguió aprendiendo teología, pero esta se impartió de una manera que fomenta el pensamiento crítico y la reflexión personal. Aparte de todo lo anterior, participó en diversas actividades físicas para mantener su cuerpo saludable y fuerte como la equitación, la esgrima, la natación y la caza. Por último, desarrolló tácticas y estrategias militares, así como habilidades prácticas en el uso de armas y la organización de ejércitos. Todo lo anterior se asimilaba mediante una rutina equilibrada que combina estudio, ejercicio, descanso y muy buena alimentación. Durante esta rutina, Ponócrates procura de manera pasiva enseñar buenas maneras de comportamiento social y ética, interactuando con diferentes tipos de personas y participando en la vida social.

Cuando Gargantúa concluye sus estudios, se presenta como un gran señor capaz de gobernar una tierra pacífica, respetar a sus sirvientes y ser reconocido en los lugares que le son próximos. No obstante, también se muestra como un señor de la guerra, dispuesto a defender sus territorios si la situación lo exige. La forma en que he desarrollado a Gargantúa va en sintonía con la manera en que Caba entiende al personaje: un héroe. Héroe es una figura pedagógica y política, resultado de un proceso continuo de formación enmarcado en el

espíritu del Renacimiento donde el ser humano se convierte en el centro de toda reflexión filosófica, cultural y social (Caba, 2021). Gargantúa como héroe se forma para más adelante ser el rey capaz de gobernar con justicia y prudencia. En conjunto, el perfil de Gargantúa combina la sabiduría adquirida en múltiples disciplinas con una insaciable inclinación al banquete y la abundancia.

1.2. Perfil de Cristancho

Rudecindo Cristancho fue un campesino e hijo de padres humildes. Era padre cabeza de hogar y debía hacer todo lo posible para mantener a su familia por y con un sustento mínimo. Su esposa, Pastora, estaba embarazada de su tercer hijo y ambos consideraban la posibilidad de que sería mejor que ese bebé no naciera (Soto Aparicio, 1997, pp. 14-15, 114). Su hija mayor, María Helena de Nuestra Señora de Las Mercedes, estaba en la pubertad y era seducida por un señor de la localidad para escaparse juntos. Y su hijo menor, Francisco José de la Santa Cruz, al ver las inclemencias que padecía la familia, recurría a hurtos para ayudar en el sustento. Sin embargo, el núcleo familiar se expandió con la adición de la vecina y el hijo de la vecina. Es importante destacar a la vecina, Cándida, porque se convertirá en la fuente de deseo sexual y de escape para Cristancho. Él se debatía entre las discusiones del deber y del deseo, entre lo que tiene que hacer y lo que quiere hacer.

Cristancho después de vivir durante un tiempo en la miseria rodeado por la desigualdad anhelaba la guerra o el levantamiento de las masas, estaba convencido de que con el levantamiento las cosas cambiarían. Esto se explica porque la idea de progreso que tanto había escuchado no generaba beneficios para todos, sino que acentuaba la brecha entre quienes tienen y quienes no tienen (Quintero González, 2016, p. 117). A pesar de su deseo por el levantamiento o el conflicto, realmente no era capaz de tomar acciones por sí mismo. El personaje era literalmente como una rata que, al encenderse la luz, buscaría la comodidad de la oscuridad para esconderse. No sólo él, sino también todos en Timbalí y La Pintada. No es sino hasta que todas las ratas se juntan que finalmente pueden salir a la luz (Soto Aparicio, 1997, p. 322). No

obstante, antes de ese momento de unión, el carácter de la mayoría de los personajes era más bien estoico en el sentido cotidiano: mantener la calma frente el dolor o la angustia. No en vano, las primeras palabras que pronuncia Cristancho serían: “ya llegamos, hija. Mirá aquellas casas tan famosas... Serán sin duda de los que llaman *místeres* y *musiús*. Y estas de aquí, estas de latón, deben ser las de los pobres, como nosotros...” (Soto Aparicio, 1997, p. 9). La realidad de Cristancho era aún peor pues su vivienda no entraba en la categoría de latón, era una choza rudimentaria hecha de materiales frágiles y precarios. Las paredes estaban construidas con tablas de madera mal ajustadas, lo que permitía que el viento y el frío penetraran fácilmente. El techo, hecho de paja, apenas protegía de la lluvia y las goteras eran frecuentes. El suelo era de tierra apisonada, sin ningún tipo de revestimiento que ofrezca comodidad o aislamiento. Dentro de la casa, el mobiliario era insuficiente y muy básico. Había pocos muebles, y los existentes estaban desgastados y en mal estado. Una cama vieja, un par de sillas tambaleantes y una mesa de madera tosca constituían el mobiliario esencial. Las condiciones de higiene eran deficientes con una falta evidente de instalaciones sanitarias. La falta de iluminación agravaba aún más la desesperanza. Entonces los aposentos de Cristancho eran los más alejados y de la clase más baja pues consistía en la casa desechada que incluso los habitantes de la calle ya habían abandonado. En general, la casa de Cristancho es pobreza.

La distinción de clases está presente en todo el texto a nivel de educación, recursos, alimentación, vivienda y libertinaje. En cuanto a la educación, Cristancho sólo tuvo lo básico y no contó con recursos suficientes para garantizar a sus hijos siquiera esa instrucción básica. A nivel alimenticio, se enfrentó a su mayor deseo y placer, así como a su mayor frustración y dolor. Esto se debe a que rara vez tuvo acceso a comidas decentes y pasó la mayor parte del tiempo pensando en comida o intentando no pensar en ella. Así la comida se convirtió en aquello que más anhelaba y, al mismo tiempo, rechazaba; una relación dialéctica que lo interpelaba constantemente. En cuanto a vivienda y recursos, nunca consiguió bienes suficientes y cuando tuvo unos pesitos eran tan escasos que, si Cristancho compraba algo no le alcanzaba para otra cosa; a veces, ni siquiera llegaba a reunir suficiente para completar la

primera. En términos de libertinaje, por ejemplo, se limita a comer algo muy simple o a beber una cerveza; no le alcanzaba para ambas cosas y, al comprar sería un día completo sin comer en la semana. Ahora bien, hay dos distinciones que trae la idea del progreso en el texto, la explotación del ser humano y de los recursos naturales (Quintero González, 2016, p. 118). La primera distinción favorece a unos pocos, mientras que la mayoría se ve sometida a condiciones que destrazan el cuerpo y la mente. La segunda distinción destruye los recursos naturales para el beneficio de esos pocos.

Cristancho no podía recurrir exactamente al bosque ya que la yegua de Gargantúa había pasado por allí y ahora todo era polvo (Rabelais, 2004, p. 108). Por eso debían aprender a alimentarse de aire como lo hacen los habitantes de Beause y ser capaces de seguir adelante. Sin embargo, el nivel de estoicismo de Cristancho no llegaba a esos extremos, por lo que no aceptaba la idea de comer sólo aire y polvo. Así toda la familia debía ir lejos para encontrar el único pedacito de bosque y río que la yegua no había visto con el fin de intentar pescar y lavar sus ropas. El río se convertía en un sustento parcial tanto alimento como monetario, Cristancho podía pescar y Pastora podía usarlo para lavar la ropa de otras personas.

Cuando Cristancho recibe su primera paga sigue siendo pobre y sin comida, debe ese dinero en las tiendas. Con el paso del tiempo, siente que se empobrece aún más ya que su deuda con los tenderos no deja de aumentar. De este modo, el perfil de Cristancho es el de un hombre atrapado entre una pobreza moderada y una pobreza desmedida, incapaz de subsistir por sí mismo y de sostener a su familia.

2. Desenvolvimiento en la guerra en ambas obras literarias

2.1. La guerra en Gargantúa

La guerra que transcurre en *Gargantúa* sucede de manera repentina, pero su desarrollo es preparado. No surge de un propósito trascendental ni un conflicto prolongado en el tiempo, por lo que la primera oleada de ataque es inesperada

y, al mismo tiempo, resultado de una planificación. En esta historia la guerra avanzó por etapas y se desarrolló progresivamente. Su primera fase consistió en una venganza contra unos pastores pertenecientes a la tierra de Grandgousier, quienes robaron algunos pasteles de manera violenta a los pasteleros de Picrócolo. Sin embargo, el rey del estado de los pasteleros vio esta situación como una oportunidad de poder acceder a las tierras de Grandgousier y declarar la guerra. Grandgousier prefirió tratar primero de calmar a su antiguo amigo y cesar el ánimo bélico¹. Envío ofrendas como oro, dinero, joyas y comida sin saber con claridad cuál había sido el problema. Aunque la ofrenda fue aceptada, el ánimo de guerra persistió. Luego cuando Grandgousier se enteró del motivo de la disputa, mandó a preparar cientos de los mejores pasteles tradicionales de sus tierras y con los mejores productos como forma de tributo. El tributo fue aceptado, pero nuevamente el ánimo de guerra persistió. Así, sin posibilidades de conseguir la paz, Grandgousier mandó a llamar a Gargantúa quien se encontraba en el extranjero estudiando. El rey Picrócolo lanzó varios ataques que resultaron exitosos hasta la llegada de Gargantúa. A partir de entonces, todos fueron repelidos por las estrategias, hombres y defensas de Gargantúa. Y sólo bastaron dos ataques por parte de Gargantúa con toda su tropa para recuperar lo ganado por Picrócolo durante días. De este modo, la primera característica de la guerra en *Gargantúa* fue que estuvo marcada por la pausa y la planificación, desarrollándose a lo largo de varios días.

Hubo una ambiciosa planificación de todo lo que quiso conquistar y Picrócolo se enorgulleció de formar parte de los grandes conquistadores como lo habían hecho las figuras representativas del pasado². Siguiendo sus órdenes, se

¹ Esta actitud hacia el diálogo queriendo privilegiar las opiniones y prejuicios del otro, según Gadamer, se conoce como apertura, es decir, estar dispuesto a escuchar lo que el otro tiene por decir. “Apertura implica siempre que se pone la opinión del otro en alguna clase de relación con el conjunto de las opiniones propias, o que uno se pone en cierta relación con las del otro” (Gadamer, 1999, p. 335). En este contexto, la apertura se refiere a la actitud adecuada que debe tener el intérprete al acercarse a un texto o a una tradición. En este caso particular, se refiere al diálogo entre el agredido y el agresor, entre Grandgousier y Picrócolo.

² Gadamer dialogando con la tradición, dice que la tensión es “llegar incluso al completo dominio de un yo por el otro yo” (Gadamer, 1999, p. 436). Esto implica imponer el propio punto de vista hasta subsumir

atacaban lugares específicos para hacer caer el reino de Grandgousier y asaltaban aldeas cercanas para abastecerse. Sin embargo, los líderes y guerreros del rey Picrócolo eran mercenarios y personas que buscaban riquezas fácilmente. Lo que significa, individuos capaces de traicionar a su propio señor. En contraste, los hombres fieles de Gargantúa e incluso el propio Gargantúa eran expertos guerreros. Conocían el arte de la guerra, estrategias, manejo de armas y del terreno (Maquiavelo, 1970, p. 90). Además, todos sus hombres habían entrenado su cuerpo y monturas para soportar el rigor de la batalla (Rabelais, 2004, pp. 191, 199). Entonces la guerra en *Gargantúa*, al igual que en un juego de ajedrez, se desarrolla con movimientos cuidadosamente ejecutados por ambos ejércitos. Por ende, la segunda característica de esta guerra es lo ordenada que es la lucha en cuanto a la planificación y ejecución.

Al comenzar la guerra el rey Picrócolo contaba con grandes ejércitos, armas y recursos, aunque no pudo mantenerlos a lo largo del tiempo. Grandgousier desde el principio disponía de más poder militar, armas y recursos. También contó con aliados vecinos y lejanos. Al enterarse estos liados de que Grandgousier había entrado en guerra, le enviaron considerables cantidades de los tres recursos mencionados. Combinado con las estrategias de Gargantúa y Ponócrates, les permitió ganar la guerra con muy pocas bajas. Incluso sin la ayuda de los aliados, habrían logrado la victoria. Al Gargantúa ser un gigante, podía usar otros recursos como armas y repeler ataques humanos con suma facilidad (Rabelais, 2004, p. 199). Por lo tanto, Gargantúa hubiera podido superar las estrategias y esfuerzos del bando contrario usando únicamente su genética. Además, el esfuerzo de años y el talento que le era natural se unieron de manera efectiva. De esta manera, la tercera y última característica de la guerra es la abundancia de armas y recursos necesarios para poder sostener un combate prolongado.

al otro. Sin embargo, esta es la visión de la tradición. Para Gadamer, la tensión dialéctica es esencial en un diálogo genuino. Cada interlocutor aporta su propio horizonte de entendimiento y la interacción entre estas perspectivas genera una tensión dinámica. Así la tensión es crucial porque permite que las perspectivas se desafíen y se amplíen, lo que crea nuevo lenguaje y nuevo conocimiento. Por lo tanto, el rey Picrócolo está cayendo en la tensión que la tradición ha venido formando: imponerse ante el otro.

Por una parte, la historia de la guerra termina con el rey Picrócolo convertido en un aldeano exiliado de su tierra natal, trabajando como afilador. Perdió sus tierras, hombres y cualquier rastro de honor, y su destino depende de salvadores que nunca llegarán; condenado a vivir con una promesa y una esperanza vacía, es decir, vivir su propio infierno. Por otra parte, el protagonista regresa a su hogar con varios hombres para celebrar el mejor banquete nunca antes visto (Redondo Möller, 2000, p. 4). Las tierras conquistadas son restituidas a la normalidad, como si la guerra y el propio Picrócolo nunca hubieran existido. Entonces el vencedor vuelve a su hogar para ser nuevamente feliz. Después de eso, Gargantúa pudo hacer su voluntad y establecer nuevas reglas: un lugar en el que las reglas no existen. Así su abadía es un sitio en el cual hombres bellos y mujeres bellas puedan disfrutar libremente.

2.2. La guerra en Timbalí

La guerra que transcurre en *La rebelión de las ratas* sucede de manera repentina. Aunque hay un contexto que se ha venido formando desde años atrás, cuando los ánimos se encienden y surge la emoción colectiva, todo sucede demasiado rápido. Incluso para el lector resulta difícil de asimilar lo que ocurre, no hay una preparación. Si esto le ocurre al lector, aún más para el personaje (Soto Aparicio, 1997, p. 324). Cristancho estaba en una cantina en la cual los ánimos por el cambio arremetieron con fervor, provocando que todos los presentes se unieran. Al salir al encuentro, las demás personas se integraron pues compartían el mismo deseo. Esta es la primera característica de la guerra en Timbalí es su rapidez e imprevisibilidad: es repentina.

La guerra de Timbalí no sólo fue repentina, sino también desordenada. No hubo una planificación previa que estableciera qué se debía o no hacer y menos el cómo se debían hacer las cosas. Predominaron únicamente el impulso y deseo de venganza. Un deseo psicológico resultado de la ira por la desigualdad, el miedo a morir aplastado y la necesidad de seguir adelante (Uribe Molina, 2018, p. 84). Al ser habitantes del lugar, sabían perfectamente dónde se encontraban y vivían las personas que abusaban de ellos. El alcalde para

proteger a los que tenían decide ignorar a los que no tenían reforzó el rechazo y la frustración entre los mineros (Uribe Molina, 2018, p. 86). Esta conducta de no al diálogo favorece el ímpetu eufórico e irracional, los mineros al notar ese rechazo comenzaron a abalanzarse sobre los ricos y dando lugar a las primeras masacres. Tal como describe Maquiavelo, no debía quedar nadie vivo de la descendencia de los antiguos gobernantes (Maquiavelo, 1970, p. 23). Las formas de hacerlo variaban: eliminar a la madre e hijos frente al esposo, eliminarlos a todos a la vez o, en ocasiones, por mero capricho se dejaba escapar a la esposa y a los hijos para concentrarse en el proceso de persecución del esposo. Objetivo no difícil, los poderosos tenían sirvientes que facilitaban este proceso de cacería. Entonces la segunda característica de la guerra en Timbalí es el desorden con que se desarrolló la lucha.

Toda esta guerra relatada se sostiene en una promesa y una esperanza que impulsa a los habitantes a luchar: somos tantos que no podrán con todos (Soto Aparicio, 1997, p. 324). Sin embargo, el capitalismo ha enseñado que cualquier persona es reemplazable; no importa si son miles, siempre habrá más personas para sustituir a los caídos. Por ende, los que tienen recursos dan la orden de atacar y eliminar a los agresores. Así esta guerra entre los que tienen y los que no tienen transcurre sin armas para el segundo bando debido a la poca preparación. Su único método de defensa y ataque termina siendo sus propios cuerpos y la cantidad que representan. Avanzando hacia adelante en busca de un futuro, uno a uno va cayendo, y los que vienen atrás deben pasar por encima de sus compañeros caídos (Soto Aparicio, 1997, p. 328). Ambas circunstancias recaen en Crisnacho; tiene que pasar por encima de sus compañeros con la ilusión de que al final va a encontrar una recompensa por su esfuerzo. No obstante, recibe un disparo en el pecho y su visión se nubla hasta que finalmente cae. Siente cómo todas las demás ratas pasan por encima mientras exhala por última vez. De este modo, la tercera y última característica de esta guerra es la falta de armas y recursos para poder afrontarla.

La historia concluye con todos los habitantes avanzando y sin una resolución definida para la guerra. Únicamente se señala que, gracias a la guerra, ya no hay hambre (Soto Aparicio, 1997, p. 335). Al menos para el protagonista,

aunque resulta imposible saber qué sucedió con su esposa, hijo, hija y el bebé nonato. Dado el contexto colombiano, es fácil imaginar que la esposa fuera lo suficientemente fuerte como para sacar adelante a toda su familia. No obstante, la historia transcurre en un lugar ficticio en el que cualquier cultura podría proyectarse y no todas están preparadas psicológicamente para la muerte y para sobrellevar una carga tan grande. Sólo queda, entonces, teorizar qué habrá pasado con ellos: si morir de hambre o salir adelante. El texto, sin embargo, deja en evidencia que la búsqueda de venganza sólo ocasiona dolor, el protagonista muere como una rata y sus crías deben pagar el precio.

3. El cambio del poder en ambas obras literarias

3.1. El cambio de poder en la obra de Gargantúa

He dicho que Gargantúa es un señor de la guerra, pero en realidad son tres los individuos que gobiernan. Es sólo en la relación entre ellos que se convierten en un único monarca con las cualidades suficientes para dirigir. Si es Grandgousier, se trata de una voz tranquila que valora el goce, no hay guerra. Si es Gargantúa, también es una voz sosegada, pero su susurro dice “muerte” y su presencia recorre a cada persona que lo escucha. Sólo cuando ambos aparecen como gobernantes, se manifiesta el balance que permite fluir la vida. Aunque son muy pocas las veces en que están juntos; así, Gargantúa es el monarca que juega con la vida.

El juego de voces que configuran a Gargantúa no se agota en su interior. Para que el poder se despliegue necesita de un contrario, una figura que encarne la resistencia. En este caso, esa contraparte es el rey Picrócolo. Tal como señalé en el pie de página número 2 estoy convencido de que el rey Picrócolo realmente no es un rey *per se*, sino una metáfora del autor para mostrar que hay seres que se encuentran oprimidos y quieren liberarse. No por medio del diálogo, sino por la acción. Porque, a diferencia de lo que se quiere hacer creer en la actualidad: la pluma no puede más que la espada, ni la voz es más fuerte que la detonación de una bala, mucho menos que la de un cañón y, muchísimo menos que la de un árbol cayendo contra un castillo (Rabelais, 2004). Así

Gargantúa se ve como un monarca que impone su voluntad a su gusto, y cuando algo se lo impone lo elimina mediante la astucia o fuerza. Desde esta interpretación de la lectura, para *Gargantúa* nunca hubiera sido posible otro final: quien posee más armas y estrategias está destinado a ganar.

A pesar de las críticas y las situaciones satíricas que Rabelais presenta a lo largo de la historia de *Gargantúa*, las estructuras de poder permanecen intactas. La nobleza, la iglesia y las instituciones continúan ejerciendo su influencia y gobernando; incluso el propio Gargantúa se fortalece con más súbditos. La historia, entonces, concluye como comenzó: con un nacimiento. Al inicio se trata de su concepción acompañada de la muerte de la madre; más tarde, su renacimiento como señor y la muerte de Picrócolo. En este contexto, sólo mediante la muerte de un otro es que Gargantúa puede forjarse. La sátira de Rabelais, lejos de desmontar el poder, revela su lógica más cruda: quien intenta tener voz termina silenciado ya sea por la muerte o por el encierro. Incluso la figura conciliadora de Grandgousier queda neutralizada frente a la irrupción de Gargantúa pues el poder que se inaugura con él no reconoce otra forma de resolución que la violencia. De este modo, Rabelais parece advertirnos que el poder, incluso bajo la máscara de la sátira, no se disuelve: se reafirma en su violencia fundacional.

Cabe destacar que en el texto cuando los ánimos aminoraron, aquellos que habían sido encerrados son liberados y recompensados para que pudieran volver a comenzar (Rabelais, 2004, p. 256). A las familias de los muertos, en cambio, se les enviaban recursos como forma de reparación. No obstante, tratándose de un texto satírico y teniendo a Gargantúa como señor de la guerra, resulta difícil creer que haya habido una auténtica reparación. Más bien, lo que queda es el castigo de la vergüenza: nada cambió. En cuanto a las familias, pueden ocurrir dos posibles destinos: heredar el pecado y sufrir las consecuencias o, recibir el cadáver del ser máspreciado. Así que no habría ese verdadero volver a comenzar, sino de recomponer (con pérdidas irreversibles) los mismos esquemas de poder que ya estaban establecidos.

Dada esta lectura de la obra, aunque se diga que hubo pocas bajas, en realidad la muerte está presente desde la primera página con el linaje de los gigantes. A

medida que avanza la narración, los cuerpos se acumulan y su número se multiplica drásticamente cuando Gargantúa entra en escena. Sin embargo, esas muertes recaen únicamente sobre quienes nada poseen y deben adorar al monarca para aspirar a seguir con vida. Entonces, nunca hay un verdadero cambio en el texto: las bajas se reducen al bando de Gargantúa, mientras que para el resto sólo queda la certeza de que la vida se juega siempre en función de la voluntad del señor de la guerra.

3.2. El cambio de poder en la obra de La Rebelión De Las Ratas

En este texto la muerte no aparece de manera literal ni explícita. Cuando aparece, lo hace a través de accidentes y contratiempos provocados por la propia víctima. Un ejemplo de ello es fumar dentro de la mina cuando en ella hay gases inflamables (Soto Aparicio, 1997, p. 79-80). De este modo, los sucesos relacionados con la muerte se narran como anécdotas de un pasado distante, acompañados por la fuerte creencia de que a los trabajadores actuales no les ocurrirá lo mismo. Además, estas muertes no generan un impacto significativo en la mente de los mineros, en última instancia, tales anécdotas son recuerdos. No es sino hacia el final del texto cuando las autoridades empiezan a manifestarse abusivas y violentas que la muerte adquiere su forma representativa con una sentencia clara: se puede morir en cualquier momento, como una rata.

Ahora bien, esa presencia de la muerte no sólo se inscribe en lo individual, sino que se proyecta hacia lo colectivo. Morir sin nada y de cualquier forma se convierte en un temor latente entre los habitantes. De este modo, no hay propiamente un culpable que haya iniciado la guerra en Timbalí, sino generalidades: quienes no tienen en contra de quienes sí tienen y creen que, por ese tener, son mejores. Esta oposición difusa es la que sostiene el enfrentamiento, pero también explica su fragilidad: al no encarnarse en un enemigo único y concreto, la resistencia carece de un blanco definido y su fuerza se dispersa. Entonces la lucha de los mineros en *la rebelión de las ratas* no parece tener un impacto duradero sobre el poder establecido. Aunque se muestran momentos de resistencia y algunas victorias menores, el texto refleja

un profundo pesimismo sobre la capacidad de los oprimidos para transformar el sistema. El poder y la explotación continúan dominando y los sacrificios de los trabajadores parecen vanos dentro el gran esquema de la estructura social. En efecto, así como los mineros son reemplazables por el capitalismo, también lo son los que tienen. Puede llegar un jefe con mayor estatus, tropas y recursos para reforzar las reglas y neutralizar el auge de la revolución; o bien, aparecer alguien dispuesto a escuchar y modificar de manera superficial ciertas condiciones de modo que el ciclo vuelve a comenzar; o, simplemente, cuando el hambre se imponga los mineros deberán retornar al trabajo y ser sometidos nuevamente al régimen anterior. En esta relación dialéctica, ambos bandos resultan igualmente reemplazables.

En la imposibilidad de consolidar una victoria duradera se abre el camino a imaginar desenlaces marcados por la repetición del ciclo o por la disolución misma del orden social. Entonces un posible final del texto es que, tiempo después, lleguen nuevas personas con cierto poder adquisitivo y obliguen a los mineros a reconstruir lo que ellos mismos destruyeron. Otra posibilidad es que la tierra quede como territorio de nadie y se convierta en un *todos contra todos* para obtener alguna ganancia de lo que permanece en las casas destruidas y de la mina; ese todos contra todos en medio del hambre constituye un retorno al estado de naturaleza (Hobbes, 2005). Sin una organización representada por jefes y capataces, la comunidad no podría llegar a acuerdos para usar maquinaria y herramientas, establecer horarios ni repartir las ganancias con sentido comunitario. Lo que aquí se observa, entonces, no es sólo la búsqueda de conservar la vida: la destrucción de la mina revela también intereses que van más allá de la supervivencia, pasiones y resentimientos capaces de arriesgarlo todo, incluso la propia existencia como advierte Sharon Ann Lloyd (citada en Plata Pineda, 2015). En otras palabras, no es posible la reconstrucción de un sistema sin la presencia de quienes antes tenían y mandaban. Por lo tanto, sólo queda aceptar el yugo para volver a reconstruir, o bien, las ratas tendrán que comerse entre ellas. En esta guerra nada bueno queda, salvo la cruda satisfacción de ver la sangre deslizarse del contrario.

Dada esta lectura del texto, aunque la historia empiece de forma tranquila y sin muertes, la amenaza está presente: las ratas están destinadas a salir de su escondite y caer en las trampas que el contexto cultural ha venido tendiendo. Las últimas páginas muestran como todas son cazadas, hasta que ninguna queda con vida. Entonces, nunca se produce un verdadero cambio en el texto: lo único que persiste es la muerte de las ratas, mientras la estructura del poder permanece intacta. Más aún, las familias quedan en una situación peor, despojadas de sus principales proveedores y sometidas a un nuevo señor aún más despiadado. Esto abre la posibilidad de que la explotación se profundice, incluso a través del trabajo forzado de mujeres y niños como un relevo obligado ante la ausencia de los padres. En últimas, la obra concluye con la constatación de que no hay transformación posible: sólo el despliegue incesante de la muerte y la perpetuación de la dominación.

4. Perspectiva de Gadamer

Desde una perspectiva gadameriana es importante señalar que los conflictos entre Gargantúa y el rey Picrócolo o, entre los mineros y los propietarios de las minas en Timbalí, surgen como expresión de una tradición cargada de tensiones. La tensión en Gadamer puede interpretarse como el deseo del intérprete de imponer su dominio sobre el otro. En esta dinámica, la búsqueda de comprensión cede paso a la imposición y dominación en la cual se intenta validar exclusivamente la perspectiva propia en todas las interpretaciones posibles. Un ejemplo de ello se observa en los capataces, que al silenciar a los mineros anulan toda posibilidad de reconocimiento de su voz. Gadamer advierte que considerar al otro como un instrumento que puede ser dominado y manipulado es una ilusión (1999, p. 436). Tras años de tensión impositiva³ el diálogo se cerró y la única forma de llamar nuevamente la atención hacia él fue

³ Para clarificar, el término tensión impositiva no existe en Gadamer. En su obra, lo que encontramos es la noción de tensión, que puede leerse de distintas maneras. De forma preliminar, pueden señalarse al menos tres registros: (1) la tensión que se orienta hacia la imposición sobre el otro; (2) la tensión como medio que abre posibilidades de entendimiento; y (3) la tensión constitutiva del juego, necesaria para que este pueda avanzar. En este sentido, la tensión puede entenderse como imposición, como medio o como movimiento.

a través del *diálogo de la guerra*. En efecto, la tensión que desembocó en una guerra también puede considerarse un acto de habla. La guerra es un acto racional y dialógico que puede generar entendimiento. Aunque, claramente, es un diálogo y un entendimiento un poco diferente al que se lleva a cabo en una sala para llegar a acuerdos como lo plantea Gadamer.

Para Gadamer el diálogo genuino se distingue precisamente de esa tensión que se manifiesta como imposición y cierre al diálogo. El diálogo no es un campo de dominación, sino una experiencia de apertura en la que cada interlocutor reconoce la posibilidad de que el otro tenga razón. Si el capataz hubiera querido abrir el diálogo, habría estado en la capacidad de reconocer que el minero también tenía algo valioso que decir, por ejemplo, escuchar las palabras de los mineros sobre no entrar a la mina en un momento en que había gases tóxicos que ponían en riesgo la vida. La impertinencia del capataz había crecido tanto que sólo bajo la amenaza armada era posible soportarlo (Soto Aparicio, 1997). Además, la estructura propia del diálogo es la pregunta y la respuesta, en ella se mantiene vivo el asunto común sin reducirlo a una sola perspectiva (Cuchumbé Holguín, 2022, p. 162). Con el capataz, en cambio, no aparece esa estructura sino la imposición de la orden (Soto Aparicio, 1997). Cuando hay pregunta y respuesta, Gadamer denomina a esto tensión como medio, se requiere ese choque con el otro para que el entendimiento y el diálogo surjan. En lugar de ser una barrera, la tensión como medio es el punto de partida que posibilita la apertura al diálogo y la interpretación. En este sentido, la tensión y el diálogo implican dejar atrás la ilusión de controlar o manipular al otro y suponen más bien un dejarse decir. Sólo en esa disposición a arriesgar la voz propia y a exponerse a la palabra del otro puede surgir un entendimiento y el diálogo; uno distinto al que se impone por la fuerza y capaz de sostener la convivencia. No es de extrañar que Cuchumbé afirme que el diálogo constituye la base que hace posible la vida en comunidad en las sociedades democráticas, al propiciar la creación de nuevos puentes de comprensión y de reconocimiento entre quienes piensan y viven de manera diferente (2022).

Así como en la relación entre minero y capataz se clausura la posibilidad del diálogo por la vía de la imposición, también a nivel social y político puede

reconocerse una figura extrema de esa misma clausura como se evidencio en *Gargantúa*: la guerra. Allí la tensión deja de ser medio de encuentro para transformarse en negación del diálogo o tensión impositiva radical. Mientras que en el diálogo la pregunta y la respuesta abren un horizonte común de comprensión, en la guerra ese horizonte desaparece y el otro ya no aparece como interlocutor, sino como enemigo. Aunque se reconozca al otro como enemigo, este reconocimiento no abre un horizonte común (Gadamer, 1999, pp. 376-377). En esta dirección, la guerra en clave gadameriana, puede entenderse como la figura extrema que niega: allí el vínculo con el otro; la búsqueda de entendimiento compartido; apertura; y la estructura de pregunta y respuesta que mantiene vivo el asunto común. En otras palabras, la guerra es el mayor exponente para que el diálogo permanezca cerrado.

Ahora bien, lo anterior es lo que Gadamer diría a grandes rasgos sobre la guerra. Pero en este texto como afirma Gadamer “el diálogo debe entenderse aquí en un sentido más ambicioso” (1998, p. 204). En la guerra, paradójicamente, no desaparece del todo la comprensión del otro, para combatirlo es necesario reconocerlo como un intérprete con horizontes y estrategias propios. Ese reconocimiento mínimo constituye una forma de apertura hermenéutica: sólo puedo oponerme al enemigo si lo comprendo en su movimiento y en sus intenciones. De este modo, la guerra puede pensarse como un tango: durante todo el baile los cuerpos se reconocen, se anticipan y se ajustan mutuamente en un juego de entendimiento recíproco, aunque en tensión impositiva. En medio del baile hay entendimiento y diálogo y, la imposición sólo aparece al final justo cuando la canción se detiene y surge un vencedor. Análogamente, la guerra no anula por completo el diálogo, sino más bien lo sostiene de manera diferente: multiplica la expresividad y le otorga un reconocimiento al otro, pero orientados hacia la dominación no hacia la verdad compartida.

El símil con el tango es muy fundamental para comprender la importancia del *diálogo de la guerra*. Gadamer señala que en la actualidad existe una incapacidad para el diálogo y que cada vez se potencia lo que ocasiona que incluso comunicarse adecuadamente sea difícil. Esto es la conversación

telefónica. Debido a que en la conversación telefónica sólo se expone lo acústico, un sonido estándar (Gadamer, 1998, p. 204). El sonido estándar deja de lado las diferentes tonalidades que la voz puede expresar, las expresiones faciales y los movimientos corporales. Así todo un conjunto de herramientas necesarias para el diálogo queda por fuera. El símil en el tango recupera estas herramientas al integrar el cuerpo como una herramienta de comunicación, aunque en el baile se deja por fuera justamente la capacidad para dialogar de manera verbal. En la guerra, en cambio, existen todas estas herramientas mencionadas (incluso más) que el ser humano puede usar para entrar en diálogo. No obstante, el diálogo que se despliega en la guerra no constituye la base de una vida en común como ocurre en las sociedades democráticas, sino que se orienta hacia la imposición. Ahora bien, esa imposición no significa la desaparición absoluta del diálogo: en la guerra persiste el vínculo con el otro, la necesidad de comprenderlo, de anticipar sus movimientos y responder a sus acciones. Incluso en la confrontación se mantiene una estructura de pregunta y respuesta que hace posible el enfrentamiento mismo. Lo que ocurre es que todos esos elementos del diálogo gadameriano como vínculo, apertura, reconocimiento se ponen al servicio de la dominación y no de la búsqueda de una verdad compartida. En este sentido, la guerra constituye la forma extrema de un diálogo que busca un entendimiento fugaz: no se abre a la comunidad, sino que se consume en la victoria de uno y el silenciamiento del otro. Nótese que, mientras la guerra está en desarrollo hay entendimiento y diálogo, es sólo cuando resulta un ganador que la imposición aparece. Entonces este *diálogo de la guerra*, tiene exactamente las mismas características que Gadamer atribuye al diálogo sólo que tiene otro fin.

La afirmación anterior debe tomarse con cautela, Gadamer no es partidario de las guerras ni sostiene que el entendimiento duradero surja de este acto. Lo óptimo para el entendimiento siempre es el diálogo en el que las personas pueden conversar en un mundo abierto. No obstante, dentro de su teoría del diálogo hermenéutico, el disenso y la tensión pueden interpretarse como parte del momento en el que diferentes horizontes se encuentran y, a veces, no se alinean completamente. Gadamer reconoce que el disenso es una posibilidad inherente al diálogo, pero su finalidad no es la resolución de un conflicto, sino

el entendimiento mutuo. En este sentido, el disenso constituye parte de la dialéctica que impulsa la conversación hacia un mayor entendimiento. Así, existen dos formas de encuentro con el otro: el diálogo hermenéutico, orientado al entendimiento y la verdad compartida y, el diálogo de la guerra que mantiene la estructura de la comprensión, pero la encamina hacia la imposición.

La parte conflictiva que podría invalidar esta teoría del “diálogo en la guerra” vista desde la posición gadameriana reside en la conclusión: en la guerra el vencedor se impone al vencido, y en este punto no habría diálogo en ningún sentido sino pura imposición. Gadamer insiste en que la conversación auténtica no busca imponerse sobre el otro, sino dejarse interpelar por él; por eso, el riesgo de trasladar la estructura dialógica a la guerra es confundir la comprensión mínima que requiere la estrategia militar con la experiencia de apertura que caracteriza al diálogo hermenéutico. En la guerra el reconocimiento del otro se da sólo en función de neutralizarlo, nunca en la disposición de aprender de él. Este matiz es decisivo: el hecho de que se requiera interpretar al enemigo no convierte a la guerra en una forma válida de diálogo, sino en la caricatura más extrema de este. Así la guerra vista desde Gadamer puede pensarse como un *diálogo fallido*: conserva los gestos externos de la comprensión anticipar, responder, interpretar, pero carece del horizonte de verdad compartida que, para Gadamer, constituye la razón última de todo encuentro hermenéutico.

El *diálogo fallido* o *diálogo no logrado* tiene solides al considerar la dimensión ética-moral que una guerra arrastra. ¿Podemos realmente afirmar que en circunstancias en las cuales se pierde vidas humanas, estamos ante un escenario de entendimiento mutuo en el cual prevalece el diálogo? Dadas las premisas anteriores, sobre el diálogo de la guerra queda decir que, efectivamente, incluso en actos como el asesinato puede darse un tipo de entendimiento mutuo; mínimo, instrumental, carente de apertura hermenéutica. Un ejemplo está en *La rebelión de las ratas*: Cristancho quien representa a los trabajadores de Timbalí, decide enfrentar a los oficiales armados sin portar armas impulsado por su deseo de justicia social. El

enfrentamiento es simbólico: a pesar de la desigualdad de poder (oficiales armados frente a un hombre desarmado), Cristancho es entendido. Pero a pesar de este entendimiento, la violencia institucional prevalece. El oficial dispara. Este disparo, lejos de ser un acto personal o de falta de entendimiento, refleja el funcionamiento mecánico de la institución. Aunque el oficial pueda sentir la injusticia, actúa bajo las órdenes del sistema que defiende. El entendimiento entre el oficial y Cristancho es paradójico: ambos son víctimas de un sistema mayor, aunque el oficial termine siendo su ejecutor. Este ejemplo presenta la situación en la que dos partes de un conflicto entran en confrontación. En el momento en que ambos participan, se establecen acuerdos no pactados pero fundamentados en la tradición como la eliminación del otro cuando surge la oportunidad. Cabe señalar que el conflicto no radica en el militar en sí, sino en los poderosos que lo contrataron para sofocar el descontento. El militar puede ser consciente de que lo que hace está mal o entender la razón por la que su oponente lo enfrenta. Sin embargo, entender no significa detenerse o forjar la resolución del conflicto. En este tipo de escenarios, aunque exista entendimiento entre las partes, la guerra no termina hasta que uno resulta vencedor.

En este sentido el diálogo en los textos de *Gargantúa y La rebelión de las ratas* puede entenderse como un diálogo no logrado o fallido. Como señala Gadamer “un diálogo logrado hace que ya no se pueda recaer en el disenso que lo puso en marcha” (1998, p. 185). Es decir, implica avanzar en la conversación sin quedar atrapado en una argumentación sin salida, permitiendo la producción compartida de sentido. En cambio, en la guerra la tensión persiste y el diálogo queda suspendido condicionado a que surja un vencedor, lo que impide que se alcance un verdadero entendimiento. En consecuencia, el diálogo no logrado tendría como estructura la discusión. “Hablar unos con otros tampoco es primariamente hablar sin entenderse” (Gadamer, 1998, p. 184). Gadamer dice que a menudo confundimos la discusión con el diálogo. La discusión implica falta de entendimiento, es ruidosa, es confrontación, rompe el vínculo con el otro, detiene el entendimiento compartido, aleja la apertura y, la estructura de pregunta y respuesta se inclina al propio interprete: un monologo.

Entonces tendríamos tres formas de entender diálogo. El primero es el diálogo hermenéutico en el que hay apertura al otro, verdad compartida, reconocimiento del otro. El segundo es el diálogo de la guerra que mantiene la estructura mínima de la comprensión anticipar, responder, interpretar, pero orientada a la imposición. Diálogo fallido o no logrado es cuando la guerra se consuma en victoria y derrota, conservando sólo la apariencia externa de un diálogo. Gadamer en su obra desarrolla y argumenta el primer tipo de diálogo, es decir, uno en el que se manifiesta el entendimiento; incluso en el diálogo hermenéutico se dan las condiciones para que no se den los otros dos tipos de diálogo. Sin embargo, cuando la guerra es inminente surge el diálogo de la guerra en el cual habrá un entendimiento conservando una estructura reducida del diálogo hermenéutico. Y, finalmente, el diálogo fallido o no logrado se desenvuelve de manera cotidiana y se confunde como diálogo. En los textos de *Gargantúa* y *La rebelión de las ratas*, el diálogo hermenéutico no se desarrolla plenamente en el contexto cultural; lo que predomina es un diálogo fallido o no logrado, que a su vez da paso al diálogo de la guerra. En este tipo de interacción, la confrontación extrema, violencia, actúa como un momento que impone condiciones para que eventualmente pueda surgir un diálogo hermenéutico auténtico entre los sobrevivientes o participantes posteriores. Es decir, aunque la guerra interrumpe y distorsiona la comprensión, puede, paradójicamente, generar un terreno en el que los actores remanentes puedan posteriormente reconocerse y desarrollar un diálogo verdadero.

Conclusión

Como conclusión ambos textos, *Gargantúa* y *La rebelión de las ratas*, se presentan como complementarias cuando se las analiza desde la perspectiva de la lucha de clases sociales. Representan dos facetas de la misma realidad: una desde la óptica del poder y otra desde la de la plebe. En ambas, se explora la idea de deshacerse de ciertos individuos para mantener el orden. La línea entre eliminar a unos pocos y a muchos es tenue, y cruzar ese límite puede ser demasiado fácil. Esto conduce a la posibilidad de la eliminación total de uno de los bandos con mayor probabilidad de que desaparezcan aquellos que no

tienen nada. Los que sobrevivan podrían convertirse en meros objetos para satisfacer las nuevas demandas.

Por todo lo anterior, diré que estas historias ponen de relieve la lucha por la supervivencia y la dignidad, que a menudo resulta en la muerte de algunos y la cosificación de otros sin que nada cambie realmente para mejor. Esto refleja la perpetua disparidad de poder entre los poderosos y la plebe. Cristancho nunca hubiera podido vencer a Gargantúa. Sin embargo, es importante señalar que esta afirmación sólo es aplicable dentro del contexto específico de estos dos textos. Si la plebe logra obtener armas, organizarse y formar alianzas estratégicas, es posible que se produzcan algunos pequeños cambios. Aunque estos cambios podrían limitarse a reemplazar a un poderoso por otro lo que simplemente cambiaría quién está en el poder, reiniciando así el ciclo. Esto significa que el nuevo poderoso, eventualmente, podría convertirse en el objetivo a derrocar.

En este contexto, la dialéctica entre los que tienen y no tienen se observan dos formas de diálogo: uno caracterizado por la imposición (diálogo de la guerra) y otro por palabras (diálogo hermenéutico). Sin embargo, esta representación difiere de la concepción de diálogo predilecto por Gadamer. Él aboga por un diálogo “racional” en el que ambas partes sean escuchadas y comprendidas de manera equitativa, sin negar la validez. Para Gadamer, el verdadero diálogo implica la capacidad de escuchar al otro y considerar sus perspectivas. En definitiva, el llamado diálogo de la guerra revela los límites de toda pretensión de entendimiento al otro cuando el horizonte común se clausura. Si bien en la confrontación persiste un mínimo de reconocimiento, este se orienta a la neutralización. Por ello, más que un verdadero diálogo, la guerra muestra la fragilidad del entendimiento humano y recuerda que sólo en la apertura hermenéutica puede darse una convivencia auténtica.

Bibliografía

- Caba, S. V. (2021). Gargantúa, un príncipe y un héroe colosal. En G. Audero, A. Crolla y S. Z. de Clément (Eds.), *De héroes, lectores y lecturas* (pp. 113–121). Ediciones UNL.
- Cuchumbé Holguín, N. J. (2022). Dialogo en Gadamer y conformación de comunidad de vida humana en las sociedades democráticas contemporáneas. *Eidos*, (38), 152–183. <https://dx.doi.org/10.14482/eidos.38.519.231>.
- Gadamer, H. G. (1998). *Verdad y método II*. Sígueme.
- Gadamer, H. G. (1999). *Verdad y método*. Sígueme.
- Hobbes, T. (2005). *Leviatán*. Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, N. (1970). *El príncipe*. Editorial Mediterráneo.
- Patiño Millán, C. (2010). La fiesta del tiempo destructor y regenerador: Una lectura de “Carnaval y literatura: sobre la teoría de la novela y la cultura de la risa” de Mijail Bajtín. *Revista Nexus Comunicación*, (7). <https://doi.org/10.25100/NC.V0I7.866>.
- Plata Pineda, O. (2015). La interpretación de Sharon Ann Lloyd de la Teoría Política de Thomas Hobbes. *Praxis Filosófica*, (40), 63–83. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i40.3012>.
- Quintero González, B. M. (2016). El concepto de progreso en La rebelión de las ratas, de Fernando Soto Aparicio. *Kénosis*, 4(7), 108–132. <https://revistas.uco.edu.co/index.php/kenosis/article/view/94>.
- Rabelais, F. (2004). *Gargantúa*. Ediciones Akal.
- Redondo Möller, C. (2000). Algunas notas sobre la convergencia en el libro I de Gargantúa y Pantagruel de François Rabelais. *Revista electrónica de Historia Moderna*, 1(1). <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/4>
- Soto Aparicio, F. (1997). *La rebelión de las ratas*. Editorial Panamericana.
- Uribe Molina, J. C. (2018). *Comunidad y construcción del estado-nación en Colombia en el siglo XX: una propuesta de enseñanza desde la literatura* [Tesis de Maestría, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio Institucional Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <http://hdl.handle.net/11349/15018>